

## Un pequeño grano de arena

María Elena Díaz-Llanos Lecuona  
2º Premio categoría junior

Había empezado el semestre, y su ausencia cada vez me inquietaba más. Pensé que se habría tomado unas vacaciones algo más largas, y que en cualquier momento entraría por la puerta, y se sentaría en alguna de las sillas vacías que aullaban la rendición de varios alumnos; pero eso no pasó.

Pasó un mes entero, aquello no era casualidad; las palabras del profesor parecían entremezclarse con mis propios pensamientos mientras divagaba sobre ella.

De alguna manera sentía que aquello no me concernía, pero no podía evitar preocuparme, no había dado señales de vida en todo el verano, y francamente, la echaba de menos.

No tardé mucho tiempo en acercarme a la tienda de su padre. De algún modo, albergaba la esperanza de encontrarla como siempre tras el mostrador, sonriendo y leyendo alguno de los libros recomendados por nuestro profesor.

Mientras iba de camino a la tienda, me preguntaba una y otra vez qué era lo que podría haber pasado. No entendía cómo una alumna tan brillante y con tanto porvenir en el mundo académico, se había rendido como tantos otros alumnos tras el primer curso de universidad.

Haber cambiado su número de móvil, no contestar a los correos, y haber desaparecido durante el primer mes del segundo año de carrera, me hacían pensar que no estaba ante un simple caso de desmotivación: era algo más.

La tienda estaba abierta, y reconozco que dudé al entrar, pero involuntariamente traspasé la cortina de flecos decorados con cuentas de colores al imaginar a mi amiga tras el mostrador, como ocurría hacía menos de un año.

No estaba allí.

En su lugar estaba un chico alto y robusto, con aspecto rudo y algo desaliñado, que nada más entrar me preguntó en qué podía ayudarme.

-Estoy... -dije dudando mientras miraba por la tienda con inquietud- Estoy buscando a Aribah.

-¿Quién eres? -preguntó el muchacho con cierto aire de desprecio.

-Soy una compañera de clase, ya sabes, de la universidad.

-¡Ah! ya... La universidad -comentó él con cierta sonrisa y una mueca de paciencia-. Aribah no va a volver a la universidad, no necesita que le llenéis la cabeza con vuestras teorías y libros que sólo hacen que se aleje de su familia.

Me sorprendió el comentario y la mirada fija e inquisitiva que me hacía querer desaparecer de su vista. Pero no pude evitar ser impulsiva, y contestar con cierto desdén y sarcasmo:

-¿Los libros y las teorías son capaces de hacer eso?

Me fusiló con sus ojos oscuros, y levantó las cejas a la vez que buscaba algo debajo del mostrador mientras suspiraba y decía cosas en otro idioma que no entendí. Poco después, tras ver que aún no me había ido, me señaló la puerta.

Me quedé helada por las formas y la sensación de rechazo que llevaba conmigo misma.

Deseaba largarme de allí lo más rápido posible, y seguir con mi vida de estudiante, sin problemas

ni sobresaltos; pero mi curiosidad despertaba con un por qué.

Paseé por las calles cercanas a la tienda, y recordé la plaza que se asomaba al final de la calle; pequeña y antigua, con un par de bancos desgastados y el quiosco con caramelos de canela. Y ahí estaba, la esquina en la que siempre nos despedíamos, indiferente a mis inquietudes, tal y como estaba hace meses; indicándome de alguna manera que ese era el lugar adecuado donde esperar.

Esperé durante más de una hora y no vi a nadie que me resultara familiar.

Habían pasado dos meses, y en cierto modo había abandonado la esperanza de volver a ver a Aribah. Por fin me había centrado en los estudios y en conocer nuevos amigos cuando de pronto, mientras caminaba hacia la Biblioteca Pública, me pareció oír a una chica con su misma voz, pero a la que no pude distinguir puesto que llevaba también un 'hiyab' o velo islámico. De pronto, sentí como la impulsividad se apoderaba de mí y fui tras ella.

-¡Aribah! -no pude contenerme.

Me sentía ridícula y rozando la obsesión cuando de pronto, la figura que portaba la voz que tanto ansiaba escuchar se detuvo en seco y me miró. Sus ojos se paralizaron y lucían más que sorprendidos, podría decirse que me miraban asustados. Me daba igual su mirada evasiva, y su notable deseo de huir de ahí; fui corriendo a abrazarla.

-¡Por fin te encuentro! -grité-, no sabes lo que te he echado de menos, te juro que creía que no volvería a verte. ¡Si supieras las cosas horribles que había pensado! -dije sonriendo sin parar de mirarla con entusiasmo.

Aribah sonrió ligeramente con cierto pesar, y miró hacia abajo mientras susurraba a uno de los niños que fuera a jugar con su hermano durante unos momentos.

Yo no podía parar de sonreír, y mi primer instinto fue seguir parlotando frases sin sentido como si nunca hubiera ocurrido nada.

-Creo que te debo una disculpa -musitó-, si te soy sincera creía que no te volvería a ver, y no quería poner las cosas difíciles.

-¿Las cosas difíciles? -dije dubitativa a la vez que se iba borrando mi sonrisa-, bueno, no creo que no haya pasado nada que no tenga solución, aquí estás, y podemos seguir viéndonos, ¿verdad?

Con la mirada fija en el suelo y la mandíbula apretada, me sujetó las manos y se dispuso a hablar no sin antes mirar a los lados, asegurándose de que los niños estaban lo suficientemente lejos como para no oírlos.

-Espérame en la plaza a medianoche, y hablaremos.

Asentí sin mediar palabra, estaba petrificada; no sabía qué pensar ni cómo actuar.

Se fue sin decir nada más, parecía otra persona. La vi alejarse con los niños y desaparecer entre las calles mientras me grababa en la mente la cita de aquella noche.

Era casi la una de la madrugada y me agradecí haber tenido la idea de llevar abrigo.

A lo lejos, pude divisar una figura humana que se movía bastante rápido, como si notara también el frío de aquella noche. Era Aribah, lo supe en cuanto vi su cabeza cubierta.

Me quedé sentada en el banco mirando cómo se acercaba.

-Has venido -dijo sonriendo-, creía que no vendrías.

-¿Como no iba a venir? -susurré con los ojos abiertos de par en par, intentando que no me temblara la voz de frío-, vaya quebradero de cabeza que me estás dando, querida.

Notó el sarcasmo en mis últimas palabras, y no pudo evitar sonreír; por fin vi a la verdadera Aribah que yo conocía. Supuse que no sabía ni cómo empezar, se quedó mirándome con los labios apretados y con las manos dentro de los bolsillos sin mediar palabra. Por tanto, pregunté:

-¿Qué ha pasado, Ari? ¿Por qué no has vuelto a clase?

Se quedó mirándome mientras suspiraba en alto y levantaba los hombros.

-¿Recuerdas que te dije que mi padre decía que la universidad era una pérdida de tiempo, más aún para las mujeres?

-Cómo olvidarlo... -dije abriendo los ojos y esbozando una leve sonrisa.

-Verás... -dijo mirando al suelo-, la única razón por la que mi padre me dejaba ir a la universidad era porque creía que estaba haciendo Enfermería.

Levanté una ceja y ella prosiguió:

-Los médicos en mi familia siempre han sido considerados grandes intelectuales con una elevada posición social, pero aún así mi padre nunca admitió que una mujer pudiera dedicarse a la medicina; consideraba que la única carrera válida para su hija era Enfermería.

Supe leer entre líneas; se habían enterado de lo que estudiaba.

-¿Han visto tu expediente? ¿Saben los resultados de tus exámenes? -dije con sorpresa sin cerrar los ojos ni un momento- Ari, en el momento

que sepan lo buena que eres, les dará igual la carrera que estás haciendo, créeme.

Aribah se llevó las manos a la cabeza con paciencia y resoplando.

-Escúchame, yo no soy como tú, no pertenezco a tu mundo -gritó-; en mi familia una mujer no estudia, y mucho menos elige por su cuenta los estudios que cursará por un mero criterio vocacional. Las mujeres en mi familia estamos para casarnos con quien nos digan, tener hijos y dedicarnos a los negocios familiares.

-Pero eso es ridículo.

No me dejó ni terminar la frase.

-¿Tú te crees que esto es sencillo? ¿Que no pasa un día en que no eche de menos la universidad? ¿Crees que no pienso todo lo que me estoy perdiendo y todo lo que podría llegar a ser? -aulló casi entre lágrimas.

Noté un nudo en la garganta, nunca me había hablado así, y tampoco había visto con tanta crudeza la realidad de una mujer de su cultura, que hablara con alguien ajeno a su entorno sobre sus verdaderos miedos y frustraciones. No me había parado a pensar que realmente sentían temor y rechazo por las normas impuestas, esa impotencia y sufrimiento adyacente silenciado por un velo y miedo. Creía que de algún modo lo aceptaban, y vivían con resignación porque era parte de su cultura y eso lo hacía fácil.

Qué equivocada estaba.

No pude mediar palabra, quién era yo para dudar de su sufrimiento y tener el atrevimiento de aconsejar desde mi más ingenua ignorancia.

-Ari... -susurré-, no puedes dejar la carrera.

No me atreví a mirarla a los ojos mientras esperaba que me contestara, aguardando una

respuesta algo más alentadora de lo que había escuchado hasta entonces.

Se dio la vuelta y se echó a llorar; me rompía el corazón saber que no podía hacer nada.

Si alguien era capaz de llorar con tanta amargura, era porque realmente no veía luz al final del túnel; tuve que traducir esa desesperación en alguien que quizás no contaba con la libertad que contaba yo misma.

-Por favor, si puedo hacer algo... -dije acercándome lentamente hacia ella, intentando ladear la cabeza para encontrarme con sus ojos negros.

Se secó la cara con la manga de la chaqueta como una niña pequeña.

-Mi familia es todo lo que tengo -susurró-, no puedo desaparecer sin más, dejar a mis hermanos pequeños solos al cargo de mi padre, sin una madre que cuide de ellos.

-Nadie dice que abandones a tu familia Ari, de verdad, seguro que en cuanto le expliques a tu padre todo, y vea tu esfuerzo y dedicación cambiará de opinión -dije esbozando una débil sonrisa mientras le ofrecía mi mano-; lo más probable es que esté dolido porque le hayas mentido, tendrá el orgullo herido y se le pasará.

Volvió a enfurecerse y a mirarme con desdén:

-¡Sigues sin entenderlo! ¡No sé ya como decírtelo! En mi casa las cosas no se solucionan razonando y perdonando -vociferó-; mi padre me prohíbe estudiar, y se niega a pagarme la universidad, y me obliga a estar en casa con mis hermanos pequeños o trabajando en la tienda.

Me volví a sentar en el banco y me dediqué a mirar hacia el quiosco con las manos entrelazadas

sin mediar palabra; Aribah se sentó dos minutos después.

Me explicó con voz entrecortada que desde que su madre falleció, su padre le había exigido dedicarse a todas las tareas de casa junto con la vigilancia de la tienda y el cuidado de sus hermanos. Aún así, su padre le permitió acudir a la universidad por las mañanas, siempre y cuando terminara las tareas al amanecer y después de clase; consideraba que tener una hija enfermera le podría ser útil en algún momento, que los conocimientos de medicina siempre eran necesarios en una familia.

Aribah reconoció que había mentido a su padre porque era la única forma de estudiar.

Quería cursar Psicología porque siempre le había fascinado el comportamiento y la mente humana, y anhelaba estudiarlo en profundidad; sentía que tenía mucho que decir.

Me contó con cierta vergüenza, que su padre descubrió uno de nuestros trabajos sobre el impacto psicológico que tiene en las mujeres las prácticas sexistas y discriminatorias de ciertas culturas; aunque nunca se atrevió a poner la suya como ejemplo.

No se tardó en descubrir que esa clase de trabajos y ensayos no se suelen realizar en la Facultad de Enfermería, y que además tenían una carga de rebeldía y rechazo a las normas impuestas que no era propio de una mujer.

Explicó cómo aquél hombre tiró todos sus libros, apuntes y cuadernos, y cómo su hermano mayor la amenazó con golpearle los ojos hasta que no pudiera volver a leer.

Me reconoció que por primera vez en su vida, había sentido miedo dentro de su casa.

Me sentía asqueada por lo que me estaba contando; sentía lástima por Aribah, y me daba cuenta de la suerte que yo tenía.

Conocía tanta gente que tenía la oportunidad de estudiar y sin embargo no querían, conocía tanta gente que malgastaba el dinero de las matrículas, para alargar la estancia en casa de sus padres y evitar trabajar, conocía tanta gente que ni abría los libros, que dejaba los estudios por pereza... Sentía que el mundo era un lugar injusto, y notaba cómo me iba hirviendo la sangre mientras mi amiga me contaba la odisea que radicaba detrás de nuestros encuentros en clase

-Ari -susurré con la mirada fija en el suelo -, tengo que irme.

La dejé sola en el banco sin despedirme adecuadamente, pero tenía un nudo en la garganta que me impedía respirar, y la cara me ardía. Tenía que hacer algo.

Aquella noche se hizo eterna, no podía conciliar el sueño, estaba inquieta y sentía que necesitaba solucionarlo, pero tampoco albergaba esperanzas de que fuera efectivo sin perjudicar a Ari de alguna manera.

Tras pasar prácticamente la noche en vela, llegué a clase al día siguiente adormilada.

De pronto, un pensamiento me vino a la cabeza; quizás no sería capaz de solucionar los problemas de Aribah, ni convencer a su familia de lo importante que era para ella la universidad; pero sí que podía contarle a la gente lo afortunada que era.

Si su historia me había llegado tan profundamente, seguramente podría despertar las mismas emociones en mis compañeros de clase.

No podía solucionar su vida, pero su ejemplo podría inspirar a otros.

Publiqué en el tablón de anuncios su foto, con un texto que en cierta manera revelaba una metáfora sobre una persona desaparecida, preguntando si alguien se había dado cuenta de su ausencia. Debajo de la foto conté los hechos que había vivido los días anteriores y suavicé los detalles más desagradables e íntimos de la familia de Ari. Destaqué el hecho de que una alumna brillante, y con las suficientes ganas de estudiar como para levantarse de madrugada para dejar las tareas de su casa realizadas, estaba desaparecida del campus porque su entorno no le permitía estudiar. La mayor parte del texto era una reflexión hacia los alumnos, para que entendieran lo privilegiados que eran, y que valoraran las cosas que tenían, incluyéndome a mí misma, a quien la chica desaparecida le había dado una lección vital.

Pasaron los días, y pensaba que mi pequeña acción no había repercutido en la vida de nadie cuando, de pronto, vi en mi mesa un libro de segundo curso impoluto y sin abrir.

Tenía una nota pegada:

"No es mucho, pero es lo que puedo aportar, hazle llegar este libro. Si no puede acudir a la universidad, que la universidad acuda a ella. :) Sara."

Miré a mi alrededor buscando a alguna Sara que conociera de vista que pudiera darme más información sobre el gesto, pero no la encontré. Guardé el libro en mi mochila, y lo llevé a casa esperando la oportunidad perfecta para llevárselo a Ari, contarle lo que había pasado: que su historia, podía, al menos, inspirar a los alumnos.

Al día siguiente volví a mi mesa, mi corazón se paró en seco. Había una pila de libros de la carrera, tanto de segundo como de otros cursos, incluso de optativas que ni conocía. Algunos estaban nuevos, otros estaban usados, y otros eran apuntes encuadernados; todos llevaban una nota escrita, notas para Aribah; notas de ánimo y consuelo, incluso algunas narraban experiencias personales cercanas a la suya.

Me quedé mirando a la gente que me rodeaba casi sin palabras, y con un nudo en la garganta por el gesto tan generoso y sencillo que estaba viviendo.

La gente me sonreía y me preguntaba por ella, me pedían acompañarme para entregarle los libros en persona, todos querían mostrar su apoyo, todos querían aportar su pequeño grano de arena.

Aribah no volvió a la universidad, secretamente todos sabíamos que no se podía cambiar de un día para otro la mentalidad cerrada y machista de una cultura. Pero supimos años después que, gracias a los libros que le regalamos, fue capaz de presentarse a los exámenes presenciales de la Universidad a Distancia sacando la carrera en seis años.

Yo aprendí que un pequeño gesto puede mover montañas, y que la gente te puede sorprender.

Gracias a esa pequeña acción, conseguí un grupo de amigos que aún dura años después.

Gracias a Aribah, valoré cada día y noche, cada curso académico, cada libro, cada profesor y cada minuto dedicado a la carrera más apasionante que he conocido: Psicología.